

taba junta en la Vega., lo prendió (a Caonabo) con otros muchos señores Cacicques," (Lib. I, t. II, cap. CII, p. 87).

"Aquí es de advertir lo que en su historia dice D. Hernando Colón en este paso, afeando la ida de Mosén Pedro Margarite, y después las fuerzas e insultos que hacían en los indios los cristianos," (Lib. I, t. II, cap. CIII, p. 98).

Lic. II, t. III, cap. XXIII, pág. 123; cap. XXVI, pág. 134; cap. XXVII, pág. 138; cap. XXIX, pág. 149, 151; cap. XXX, pág. 153; cap. XXXIII, pág. 168; cap. XXXVIII, pág. 192.

Hijo del Primer Almirante que escribió sobre la vida de su padre que es a la obra a la cual se refiere Las Casas.

EL COMENTADOR.—

" dícelo el Comentador en el libro III "De anima" Error, inquit, intellectus et falsa opinio ita se habet in cognitionibus, si-

cut mostrum in natura corporali. (Lib. III, t. V, cap. CLI, p. 143).

Se refiere el Padre Las Casas al filósofo Averroes que comentó a Aristóteles.

PEDRO COMESTOR.—

"en la Historia Escolástica, en el libro II, de los Machabeos, cap. 7º" (Lib. III, t. IV, cap. CXXII, p. 491).

Nació en Troyes, Francia, dejó escrita una Historia escolástica del Nuevo Testamento.

CORNELIO NEPOTE.—

"Cornelio Nepos cuenta, que en el tiempo que Quinto Metello era procónsul en Francia, que ciertos mercaderes que salieron de la India, con grandes tempestades, fueron a parar a Germania". (Lib. I, t. I, cap. XIV, pág. 105).

Cornelio Nepote fué un historiador romano que vivió en el siglo I antes de Jesucristo. Se le atribuyen varias obras: Crónica, Exemplorum libri, Vida de Cicerón, Cartas a Cicerón, De Historicis, Poesías, Vida de los generales ilustres.

LA MARCHA TRIUNFAL

DE LAS ARMAS DOMINICANAS EN LOS PRIMEROS DIAS DEL GRITO DE INDEPENDENCIA

Por Antero Héctor Rodríguez, Teniente del Ejército de Cuba.

(CARTELES).— Revista Habanera, Edición N° 10. Marzo 9 de 1941.)

I

Desde los tiempos heroicos de la Conquista, se puso de relieve el valor sin mengua de los indios quisqueyanos, uno de cuyos más viriles ejemplares, Hatuey, capitaneó a nuestros aborígenes en la comarca de Maisí, y aquí rindió su postrer aliento vital, supliciado en la hoguera.

Las rebeldías de Caonabo, Guarionex, Enriqueillo, Cotubanama, Tamayo y cien caciques más, así como la entereza de carácter y el ánimo de la bella y dulce Anacaona, princesa de Jagua y soberana de su cacicazgo, son palpables e irrefutables pruebas y ejemplos de cómo peleaban y sucumbían, con temple de héroes, aquellas agrestes razas indoantillanas, encendidas por el fuego patriótico y prestas a inmolarse en holocausto de la defensa del suelo natal.

Finalizada la etapa conquistadora, cayó sobre la indefensa isla, víctima inerte, el ataque y saqueo de corsarios, Piratas, bucaneros y filibusteros ingleses, franceses y holandeses, que le sustraían su riqueza y ponían horas de sufrimientos y desvelos en el ánimo de sus habitantes.

De ese modo se fué fomentando la población y afinando la cuerda del civismo, al compás de las luchas que sostenían las casas reinantes de Europa y que se reflejaban en la tortuosa marcha de la gobernación de la isla.

Con el desencadenamiento de la Revolución Francesa —que tan graves trastornos y repercusiones produjo en la parte occidental del territorio y la guerra entre la naciente República.



gala y España— comienza el período de las grandes desventuras dominicanas.

Adviene el mandato colonial francés y las invasiones de Toussaint, Dessalines, Cristóbal y Boyer, que abarcan en conjunto más de cuatro tristes décadas, valiéndose tales desdichas para incrementar el celo patrio, logrando llegar a una completa conmoción en pro de la total independencia y dotarse de un gobierno genuinamente nacional.

Entonces surgió un hombre de corazón noble y mente despierta, de factura apostólica y desinterés cristiano, que se llamó Juan Pablo Duarte, y fundó con ocho entusiastas compañeros más la sociedad patriótica y secreta denominada "La Trinitaria", compuesta de tres grupos de tres miembros, los que debían a su vez iniciar tres cada uno, formándose de esta manera una formidable organización libertadora.

Entretanto llegamos a 1843 en que se hace insostenible el absolutismo de Boyer, y se desata un movimiento revolucionario encabezado por Charles Herard, a quien se hace saltar del gobierno a su adversario. Se instaura el poder de este nuevo dirigente, y dando traspiés y persiguiendo a Duarte y a sus compañeros, lo sorprende el pronunciamiento emancipador que tuvo por escena y ara la desde entonces famosa Puerta del Conde.

II

Cuando el intrépido Ramón Mella —uno de los patriotas iniciado en "La Trinitaria" y prócer de la Independencia y de la Restauración— disparó al aire el decisivo trabucazo libertador, cuya humareda ponía una sublime orla de esperanzas en las angustias dominicanas, después de larguísima opresión extranjera, vivían y crecían en el simpático poblado de Baní, enclavado a la vera del cerro de Peravia, dos nerviosos y dinámicos zagalillos nombrados Máximo Gómez Báez, de unos 8 años, y Luis Marcano Alvarez, de poco más de 12 septiembres, que habían nacido bajo la ocupación haitiana, y que contemplaban los duelos patrios con los ojos abiertos y brillantes.

Once años más tarde, en 1855, el joven Máximo recibía su bautismo de fuego en la pampa de Santomé, identificándose para lo porvenir con el peculiar olor de la pólvora y con los tajos del largo, filoso y punzante machete. Por la misma fecha, el hombre que ya había en Marcano figuraba en el estado mayor del presidente Santana, con la jerarquía de teniente de infantería. Al correr de los sucesos y el evolucionar a través de los tiempos, fueron dos de los más prominentes maestros de guerra que tuvieron los cubanos en la manigua redentora.

Sobre la naciente insurrección, convertida ya

en Primera República, destacó Herard, a la sazón presidente de Haití, tres cuerpos de ejército bien armados: uno a lo largo de la vertiente norte, dirigido por el general Pierrot; y dos por el acceso del sur del territorio, bifurcándose, en ruta por el camino de Neyba el que estaba a las órdenes del general Suffront, y bajo el propio mando de Herard el que avanzaba por la vía de Las Matas.

Con el bautismo de fuego y de sangre de la escaramuza de La Fuente del Rodeo, se consiguió engastar otra victoria dominicana al rosario de triunfos que había comenzado con el acto varonil de la Puerta del Conde.

Para respaldar el golpe libertario acudieron tropas trinitarias a la capital, siendo la mayoría de ellas de la región este de la recién creada república, al mando de un hombre de acción y de predicamento. Este singular personaje, Pedro Santana, muy combatido después por su obra patricida, fué investido por la Junta Gubernativa con el grado de general saliendo inmediatamente para el sur a combatir a los invasores. Logró recoger refuerzos en San Cristóbal y Baní, y se le incorporaron las fuerzas organizadas por los patriotas de Azua.

Frente a esta ciudad —también conocida como Azua de Compostela— famosa por los caballos criados en los pastos de sus sabanas inmediatas, se concentró para el asalto el ejército haitiano, fuertemente armado, el 19 de marzo, y atacó por tres puntos a la valerosa guarnición. Después de una ruda lucha, vencieron de nuevo las armas de Santo Domingo, y el ejército invasor se retiró. Una vez obtenida la ventaja en Azua, el general Santana se replegó, de una manera inexplicable, a Sabana Buey, y más tarde a Baní, lo que dió motivo a que el enemigo volviese a ocupar la población tan arduamente defendida y asegurada.

La batalla de Santiago, acaecida el 30 de marzo, brillante hecho de guerra de las tropas de las comarcas cibaenas, salvó la existencia de la joven república, pues repuso el vigor espiritual del pueblo, algo decaído desde el abandono de Azua por el caudillo Santana.

Por el combate de Talanquera, días antes, entre las avanzadas dominicanas y las del enemigo, se conoció de la marcha del contingente atacante y de su modo de actuar. Avanzaba cauteloso, destacando como cien "maroteros", para observar, pillar e incendiar.

Contando con buenos subalternos, como el coronel Pelletier, militar y guerrero en Europa, el coronel Angel Reyes, el coronel Toribio Ramírez, el capitán Fernando Valerio y el capitán José Ma. López, se dispuso a entablar la lucha el general José María Imbert, utilizando tropas de infantería, caballería y artillería.



Como a las doce del día principió el acoso haitiano, formando con sus tropas dos columnas de cerca de dos mil hombres cada una, rompiendo el ataque con una de ellas que se dirigió "en buen orden y las armas al hombro", precedida de un cuerpo de caballería, hacia la izquierda dominicana, defendida por el coronel Pelletier y su ayudante, el comandante de ingenieros Aquiles Michel.

Confrontándose la debilidad del ala izquierda, se hizo reforzar "al paso de carrera" con tropas del núcleo central, y poco después se intensificó el combate con "una fusilería bastante viva" que hizo retroceder al enemigo, dejando algunos muertos de lanzazos y machetazos. Retornó a poco con mucha intrepidez y principió el fuego de las piezas de artillería dominicana: una pieza de a 8 en el flanco derecho, una de a 4 en el centro, y una de a 2 en la izquierda, del lado del río Yaque.

La mortandad entre las filas haitianas, ocasionada por estas piezas, detiene su avance y precipita la desorganización de la caballería, la que no volvió más en toda la acción.

Sin embargo, persistiendo en su empeño la valerosa hueste haitiana, ataca nuevamente con corajudo brío "a paso de carga y en columna cerrada". Vano intento. Con igual vigor contraataca la artillería dominicana y le mata tanta gente que se ven compelidos a retirarse y unirse a la otra columna.

Reunidas todas las fuerzas del general Pirot, atacan ahora furiosamente el ala derecha. Es tan impetuosa la embestida que como una docena de asaltantes quedan tendidos alrededor del cañón que la defiende, muertos por los fusileros. Un último intento de acometida "en columna cerrada" fué blanco seguro y fácil de la artillería, que tiró con metralla, haciendo un claro espantoso. El casi total aniquilamiento lo completan los fusileros y la carga al arma blanca que dirigió, sable en mano, un hombre atlético y semiloco, llamado Fernando Valerio, que los hizo replegarse y repasar el río Yaque. Este supremo esfuerzo, que puso un colofón de victoria a la batalla del 30 de marzo, es conocido en la historia dominicana con el nombre de la Carga de los Andulleros.

Bajo el lema de "Dios, Patria y Libertad" emite su parte oficial de la batalla, con fecha 5 de abril de 1844, 1º de la Patria. el general co-

mandante de distrito y operaciones de Santiago, José María Imbert, dando cuenta que el enemigo dejó sobre el campo de la lucha no menos de 600 muertos y mayor número de heridos, no teniendo que sentir la muerte de un solo hombre de sus fuerzas, ni tampoco haber tenido un solo herido.

III

Las armas y métodos tácticos empleados en la primera mitad del siglo XIX, nos parecen hoy tan extraños como curiosos. No obstante, en su época eran los que privaban, y había innumerables expertos y tratadistas como los de nuestros tiempos, que fungían con oráculos y libros de consulta militar.

¿Cómo sería acogido por un ataque ultramoderno el contingente que avanzasé en columna cerrada, a tambor batiente y a banderas desplegadas?...

Y si a estos sistemas tácticos se añade la peculiarísima organización y armamentos de las tropas formadas con muchos patriotas y pocos recursos, nos encontraremos con que la dotación de sus instrumentos de guerrear recorre una larga escala que va desde el arcabuz y mosquete, hasta el fusil de chís pa. Y desde el sable y la lanza, hasta el machete.

Los cañones y fusiles de avan-carga y sin rayado, con poco alcance, forman el arma principal de la artillería y la infantería, respectivamente. Y las lanzas, sables y machetes son armas que utiliza la caballería.

Ya se vislumbraba en el horizonte militar un fusil de nuevo intento, llamado a causar un gran revuelo: el fusil de aguja Dreyse, de manufactura prusiana, y padre de los fusiles de repetición de nuestros bélicos días.

Pero el arma por excelencia, en manos dominicanas, es el machete, hijo evolucionado del antiguo "gladius hispanicus" citado por Polibio. El representa el espíritu marcial de un pueblo indomable.

Y con esta hoja de acero hendiendo el aire, como un penacho de gloria, y a horcajadas sobre un brioso potro de las praderas de Azua, es como nuestra imaginación cubana concibe al centauro mambí que fué toda su vida aquel paladín nombrado Máximo Gómez Báez.

